

# Europa post-26-M

**E**n el debate entre los principales candidatos a las elecciones europeas (*Spitzenkandidaten*) que vi durante la campaña me sorprendió el tono moderado de las intervenciones, porque no se interrumpían constantemente al grito de “¡mentira!”, ni hacían numeritos, y además hablaban de los temas de fondo como la inmigración, el impacto de la tecnología o el cambio climático. Me impresionó el nivel de las intervenciones y en particular la actual comisaria de Competencia, Margrethe Vestager. Por el contrario, aquí, en las campañas y los debates el griterío y la gesticulación han estado por encima de las propuestas de futuro.

Los partidos nacionalistas, liberales y verdes han ganado terreno a los tradicionales conservadores y socialdemócratas en unas elecciones con un aumento de participación. El Parlamento Europeo estará más fragmentado y más polarizado. El aumento de los verdes apunta a la creciente importancia de la cuestión climática en Europa, que no en España. Los nacionalpopulistas han ganado en Italia, donde Matteo Salvini ha sacado un 34%; en Francia, Marine Le Pen ha ganado por poco el pulso al presidente Macron, que consigue, con todo, tener un grupo afín en el Parlamento Europeo; en el Reino Unido, Nigel Farage triunfa con más del 31%, y han ganado también en Polonia y Hungría. Sin embargo, la mayoría de los partidos de la derecha que han flirtado con la extrema derecha han perdido y el Parlamento Europeo estará controlado, probablemente, por una coalición de los partidos tradicionales con los liberales o los verdes. Y ahí empieza la lucha por las posiciones clave en la Unión Europea. Alemania quiere a Manfred Weber como presidente de la Comisión Europea, mientras Macron frunce el ceño e intenta, en una cena en el palacio del Elíseo, convencer a Pedro Sánchez de que apoye a su candidato, probablemente Michel Barnier, el negociador del Brexit. Están en juego no sólo posiciones clave en la Comisión sino también el sucesor de Mario Draghi al frente del Banco Central Europeo, piedra angular del euro.

Mientras, las grandes cuestiones de fondo en Europa siguen sin resolverse y el tiempo pasa. La disyuntiva es seguir con la inercia

actual o bien plantear unos objetivos claros, un proyecto, y ponerse a trabajar con el consenso necesario. Las dos grandes preguntas hoy son: 1) ¿cuál es el proyecto de futuro? 2) ¿dónde está el liderazgo? Si el proyecto no se define ni se trabaja de manera consistente para llegar a él, el declive y la posible desintegración de Europa serán inexorables. Si las grandes cuestiones sólo se afrontan en un contexto de crisis aguda, es posible que en la próxima no lleguemos a tiempo y el edificio se venga abajo.

## La actual inercia europea condena su papel en el mundo a la irrelevancia, cuando una Europa unida sería influyente

El debate en Europa es entre integración y proyecto común o desintegración y renacionalización de políticas en manos de los populistas. Estos se han dado cuenta de que les resulta más ventajoso mantener la UE que intentar destruirla. Y la razón es que se ven más fuertes y, por tanto, con más capacidad de control. Sólo una política de más integración de funciones básicas de alcance europeo y de

subsidiariedad de las que no lo son puede mantener una Unión fuerte. No puede ser que la regulación de las salchichas en el Reino Unido haya sido motivo de campaña por el Brexit. La UE se tiene que replantear el futuro sin el Reino Unido, que lleva camino de salir sin acuerdo. Esta crisis inminente tendría que servir para espolear el impulso de políticas comunes en defensa, energía, inmigración y tecnología, a la vez que se completan los cimientos de la moneda única. No es que todavía no hayamos puesto el tejado del edificio, es que nos falta un pilar sin el cual la casa se hundirá en la próxima ventolera. Este es el pilar de compartir riesgos y seguro mutuo en caso de crisis. La arquitectura institucional de la eurozona se tiene que completar para poder resistir recesiones y crisis económicas fuertes. Se adelantó a raíz de la última y reciente Gran Recesión, pero no es suficiente, y se hace difícil pensar que con las instituciones actuales la moneda única resistiera, por ejemplo, una crisis importante que desestabilizara Italia. No podemos depender sólo de la habilidad de quien lidere el BCE en tiempos difíciles, como Mario Draghi en el momento crucial del descalabro del 2012.

Hay otra cuestión importante. La política de Trump cada vez utiliza más medidas extraterritoriales que afectan a terceros países. Y cada vez más empresas europeas se ven forzadas, a través de amenazas de no poder operar en EE.UU. o multas enormes, a modificar sus actividades por presiones o prohibiciones de EE.UU. El caso de Huawei con la tecnología 5G o el comercio con Irán son buenos ejemplos. Europa tiene que definir una política autónoma de EE.UU. y tener una política coherente en relación con Rusia y China. La actual inercia europea condena su papel en el mundo a la irrelevancia, cuando una Europa unida sería una influyente potencia con voz propia.

El modelo de ir tapando agujeros conforme se producen es la receta para la mediocridad o, aún peor, para sufrir un descalabro en una crisis. Esperamos que en el Parlamento Europeo surja una coalición con un programa ambicioso y consensuado para afrontar los retos que tenemos delante, que supere la fragmentación y que la Comisión Europea tenga un presidente fuerte que sea capaz de liderar el proyecto.●



ANDY ANDREWS / GETTY